

ARTE MEXICANO EN NUEVA YORK

POR

WALTER PACH

CADA día se nota más en los Estados Unidos la realización del significado que se impone a las palabras "el Nuevo Mundo". Es fácil de explicar esto por la guerra europea, con su amenaza de extender el sistema fascista o totalitarista, más bien, al Continente Americano. Pero es una explicación demasiado fácil, porque olvida los esfuerzos tenaces y pacientes que han consagrado desde hace muchos años los hombres de buena voluntad y de buena inteligencia a la obra de comprensión y de solidaridad entre los países americanos.

El movimiento que representan estos protagonistas de una América lógica en sus relaciones internas, acaba de recibir una impulsión de las más importantes por varios hechos de artistas mexicanos. Colaborando con el Museo de Arte Moderno en Nueva York, las autoridades mexicanas han dado una exposición que revela como nunca en la historia del mundo, lo inmenso de lo que ha alcanzado México durante veinte siglos. Para millares de norteamericanos, eso ha sido una experiencia única, y que ha de dejar un efecto permanente, sobre todo porque es imposible ignorar la fase esencial de la manifestación: es la continuidad de este arte hasta la hora actual. Como si fuera para dar a la idea una prueba dramática, José Clemente Orozco pintó durante la exposición un fresco cuyo tema rivalizó con los periódicos más

recientes por su comentario sobre la tragedia que vivimos, mientras que por su comprensión de los elementos eternos en el hombre, siguió con el mensaje de los más antiguos americanos.

Un gran público se dió cuenta de ello, pero quizá no valorizó al igual otro acontecimiento de este verano, tan notable. En el pabellón mexicano de la Feria Mundial de Nueva York hemos tenido el encanto de ver los bailes de Estela y Emma Ruiz. Si pocas personas han hecho menos que reconocer que era, en verdad, un encanto, cabe dudar que muchos hayan comprendido toda la importancia de su arte. Porque las danzas mexicanas ocupan una posición privilegiada (por lo menos en la interpretación dada por estas dos artistas), entre las supervivencias tradicionales que se encuentran en varios países europeos u orientales, y los esfuerzos tan interesantes para crear bailes nuevos que hacen ciertos individuos y grupos.

Las señoritas Ruiz demuestran, como los pintores modernos de México, que es posible utilizar la vieja inspiración de la raza, las ideas transmitidas desde muy lejos en los siglos, y aún quedarse dentro de la vida actual. Acaso sea mejor que el público general no haya visto más que una aparición de belleza exótica, colores, trajes, alhajas, cuando las bailarinas ejecutaban sus pasos complicados y sonreían con la seguridad debida a una experiencia más que personal, porque viene del pasado de su familia y de su país.

Acaso hubiera sido una lástima si todos delante de lo monumental de Estela Ruiz —haciendo su entrada grandiosa para la “zandunga”— hubiesen pensado en la identidad de su gesto y su espíritu con los de la portadora de ofrendas que conocen los estudiantes de arte egipcio en el Louvre y otros museos. ¡Es muy peligroso, eso de los museos! Para los que saben utilizarlos, es decir, los fuertes, son la vida; para los débiles que no pueden resistir a su peso, son la muerte, a causa de la tendencia demasiado general de forzar el exterior del arte a otro exterior, de un período clásico. Habiendo estado presente la primera vez que la señorita Ruiz vió la escultura egipcia, estoy perfectamente fundado para decir que su gesto no está estudiado de un modelo antiguo, sino resulta espontáneamente de la naturaleza de su baile. Recreando la idea de una ofrenda religiosa, era lógico que se repitiera —aun después de cincuenta siglos— el ritmo de la célebre figura egipcia. ¡Y cuánto más sencillo es explicar todos los aspectos comunes entre el arte de México y el de Egipto, por razones semejantes, en vez de buscar relaciones por un Atlantis legendario y tan lejos de lo probable!

Como delante de las maravillas toltecas y aztecas expuestas en el Museo de Arte Moderno, la persona un poco sensible reconoce sus impresiones más fuertes delante del arte dejado por las grandes razas del Viejo Mundo y no

necesita buscar el por qué, así nos basta sentir lo magnífico del baile tehuano sin marearse con problemas sobre un contacto posible entre dos artes separados por tanto tiempo y tanto espacio.

Hay que volver siempre a las palabras sencillas como las de un niño o de un sabio —pronunciadas por el divino Poussin—: “El fin del arte es la delectación”. Bueno, pero ¿quién es quien goza? El vulgar, el estúpido llama delectación al sentimiento que recibe de las cosas físicas más triviales o de las obras correspondientes por su calidad baja. Pero el hombre fino, cuando goza, nos da la única prueba posible de la presencia.

Por eso, un norteamericano puede sentir una satisfacción legítima al presenciar la reacción directa de un público de feria mundial (es decir, de las personas que venían a gozar de los bailes en el Pabellón Mexicano). Cada vez que Emma Ruiz presentó “Las Chiapanecas”, se manifestó una apreciación igual, los espectadores viniendo muy exactamente con palmas a acentuar el ritmo de la música, que interpretaba la joven artista fascinadora en la plataforma.

Empecé hablando de la impulsión dada por los artistas mexicanos a la comprensión entre las naciones americanas, y el que ha notado lo sólido, lo profundo de la impresión creada en el público de Nueva York por los artistas antiguos y modernos de México, puede decir cuán acertado era Plutarco Elías Calles cuando dijo en un discurso que “el internacionalismo que tiene una base puramente materialista es mentira”. Lo que acabamos de ver es un internacionalismo auténtico y sano.

Octubre de 1940. Nueva York.

BIBLIOGRAFIA DE WALTER PACH

LIBROS

Georges Seurat. 1923.

The Masters of Modern Art. 1924.

R. Duchamp-Villon. 1924.

Ananias or the False Artist. 1928.

Modern Art in America. 1928.

An Hour of Art. 1930.

Queer thing. Painting. 1938. (Octavio Barrera tradujo y publicó en “Letras de México”, Nº 6, Vol. II, 15 de junio 1939, un fragmento de este libro, bajo el título de “México”).

Ingres. 1939.

TRADUCCIONES

Historia del Arte, por Elie Faure (Del francés al inglés).
Diario de Eugenio Delacroix (" " " ").

ARTICULOS

En un número aproximado de 150 artículos, hay los siguientes sobre México:

- "Impresiones sobre el Arte Actual de México". México Moderno. 19 de oct. 1922.
"The Popular Arts of Mexico". The Freeman. Jan. 31st. 1923.
"The Greatest American Artists". Harper's Magazine. Jan. 1924.
"Mexican Art and Culture". N. Y. Times. Nov. 30th. 1924.
"Mexican School, Children and Jean Charlot". The Art Center Bulletin. April. 1926.
"L'Art au Mexique - Les Musées". L'Amour de L'Art. Sept. 1926. *
"L'Art au Mexique - Les Artistes d'Aujourd'hui". L'Amour de L'Art. March. 1927. *
"The Evolution of Diego Rivera". Creative Art. Jan. 1929.
"Rockefeller, Rivera and Art". Harper's Magazine. Sept. 1933.
"New-Found Values in Ancient America". Parnassus. Dic. 1935.
"The Exhibition of Frida Kahlo". The Art News. Nov. 12th. 1938.
"The Indian as Artist". (Revisión de las Artes Indígenas en Norte América, por George C. Vaillant). The New Republic, May 20th. 1940.

* Estos dos artículos fueron publicados en español en "El Argentino", de La Plata. Dic. 17 a 25 de 1927.



Fig. 1.—La Zandunga. Recuerdo de Estela Ruiz en la Feria Mundial. 1940.
Apunte al óleo, de Walter Pach.